



## Historia de la Casa de Tusinos

Pocos solares nobiliarios habrá en la España norteña que puedan ostentar un repertorio de noticias históricas, legendarias, genealógicas y heráldicas parejo al de la casa y linaje de Tusinos, en las montañas de León. Su apego a las tradiciones familiares, los sucesivos enlaces con la mayor parte de casas y mayorazgos de la región, y su afán de pervivencia a través de capellanías, casonas e incontables emblemas heráldicos esparcidos por los altos valles leoneses, hicieron de ella compendio de la nobleza montañesa y archivo de su pasado y su memoria. Tusinos, donde se halló el solar primitivo de esta familia, es hoy un despoblado perteneciente al pueblo de Cuevas. El topónimo se recoge, con la forma «Tosinos», en documentos de Carbajal y Otero de las Dueñas, de los años 1211 y 1329, junto con el vecino Cuevas, del que llegaría a constituir, andando el tiempo, una suerte de anejo, antes de despoblarse completamente. También se cita, poco más tarde, a Gonzalo Fernández de Tosinos.

El probable prosaísmo de su etimología dejó paso a la leyenda y la recreación histórica, en favor de la prosapia de los más señeros linajes de Valdeviñayo, de forma que en todo el valle no quedó topónimo que no se vinculara, de forma más o menos holgada, al ciclo heráldico-legendario protagonizado por el aguerrido Álvaro el Thiufado y sus coetáneos Capitán Colinas, Pedro Aspré, Pedro de León y algunos más. Todos ellos se destacaron en la lucha contra la morisma en los mismos albores de la Reconquista, combatiéndolos por su cuenta o al servicio de Don Pelayo, y con remate en la conquista de la ciudad de León.

Y a la luz de estos episodios se han venido explicando los infinitos nombres de lugares y parajes: Cuevas, por las que usó el Thiufado para defenderse de los moros; Tusinos, por el apellido que le dio Don Pelayo tras haberlos vencido en una batalla; «Las Rendideras», «Vallina de la Trampa», «el Muro de la Trampa», «Valdebanderas», los celebérrimos «Pozos de Colinas», que hizo el Capitán Colinas para emboscar al enemigo; «Cordemoros»; «Valamuerte» o «Malamuerte», «la Mata de Hombre Bueno», Tapia, por la que levantó Colinas en su defensa; Camposagrado, del que trataremos luego, y pasando al valle de Alba, el monte Tusinos, junto al histórico castillo, y el despoblado de Santiago, fundado con los moros convertidos tras su derrota; Celada, el «Mato Banderas», el «Campo del Hospital», y otros varios.

Todo ello tiene como núcleo explicativo la fe de armas otorgada por Diego de Urbina, en 27 de abril de 1584, sacada «de los libros y copias de linages que yo tengo, de estos reynos», en el capítulo dedicado a los Álvarez de las montañas de León, y que nos ha llegado a través de dos copias diferentes y, básicamente, concordantes entre sí: la primera, se libró en favor de Antonio Álvarez de Alba y Fernández de Miranda, «señor que dijo ser de la torre y casa fuerte de los Álvarez de Alba, descendientes por línea recta de los Álvarez del Tú-sin-nos», y fue publicada parcialmente por Florentino A. Díez. La otra copia se expidió a pedimento de Domingo Fernández de Colinas, vecino de Benllera, que se afirmaba señor de la casa de Tusinos «como marido y conjunta persona de María



Álvarez de Tusinos, señora y única heredera que quedó desta casa», hija que fue de Diego García Álvarez de Cuevas, y nieta de Juan García de Cuevas y de su mujer, Juana de Soto. La conocemos a través del traslado que se hizo de la misma, en 1777, a instancias del licenciado Francisco Antonio Álvarez de Miranda, que a la sazón pleiteaba con Luis de Quijada, marqués de Inicio, y Aquilino de Salamanca, marqués de Villacampo, por la renta de un censo impuesto por el marqués de Astorga, en 1589, a favor de Pedro Álvarez García de las Cuevas, vecino de Moratalla (Murcia).

El texto refiere cómo el tronco de este linaje fue el citado Álvaro, thiuphado (jefe militar visigodo) de la sangre de Alarico, que en tiempo de la Pérdida de España busca refugio en Asturias. Cuando, tras expulsar a los moros de esta región, Don Pelayo decide conquistar la ciudad de León, entre sus hombres destacan el citado don Álvaro y dos hijos suyos, ambos «mozos de armas tomar». Vuelto el rey a Asturias, vino a la montaña de Valdeviñayo un gran ejército de Moros, y el Thiufado, que estaba pasados los puertos en las fronteras de León, nada más lo supo aprestó su Gente y peleó con ellos sin esperar al rey, logrando una sonada victoria.

Don Pelayo, al saber por don Álvaro la hazaña, le dijo, admirado: «Tú sin nos los as vencido y éste será tu apellido». Don Álvaro se asentó e hizo su casa fuerte solariega en el valle de Cuevas, junto a las peñas, casa que, en honor al flamante apellido recibido de Don Pelayo, se llamó Tusinos, aunque fue conocida como «Casa Blanca» porque la edificó de cal y canto y tomó ese color. Tal es, según el cronista, el origen de las armas de los Álvarez: la torre de plata en campo rojo. Don Álvaro llegó a tener doscientos hombres a su servicio, que llamaron infanzones, y tres hijos tan esforzados como él, que al principio militaban debajo de su bandera. Por ello, adaptaron por armas la cruz roja y un caldero con Brazo armado, que significa que eran ricoshombres que mantenían a su costa tropas dispuestas a la guerra contra el moro; y tres azucenas que salían de un mismo tronco, en campo de oro, la del medio mayor por el primogénito, también llamado Álvaro.

El segundo se llamó García Álvarez de Tusinos, y permaneció en Cuevas, y el tercero, de nombre Álvaro, fundó su casa en Beberino, el cual, por ser muy grueso, se llamó Álvaro el Gordón, dando nombre al valle de Gordón. Murió el Thiufado en 758, siendo sepultado en la ermita de Santiago, que él había fundado, por orden de Don Pelayo, en memoria de la aparición del Santo apóstol cuando la batalla de Camposagrado. Un descendiente, Alba Álvarez de Tusinos, fundador de la torre de Alba, en Sorribos, en tiempos «del Rey don Alonso», dando nombre al valle y concejo de Alba. Andando el tiempo, como fue mucha la diáspora de los descendientes de la casa, y por no usarse de vínculos y mayorazgos en el país, cayó aquella «en gran descaymiento e disminución», manteniéndose sus señores «aunque con onrra, en medianía regular de montañeses».

En cuanto a la heráldica familiar, los tres hijos del Thiuphado «en lugar de las Azucenas, o con ellas, añadieron un Pino que significase al padre, y encima el caldero con el Brazo Armado, Ynsignia común de fidalgos de este talle como queda dicho, y para diferenciarse, el García y sus descendientes añadieron escaques colorados y Blancos sin número, que significan muchas fazañas que hizo, y éstos unas veces se llaman Álvarez de Cuebas, otros García de Cuebas, otras Cuebas sólo, y todo viene a ser uno. El Gordón añadió un León rampante en la Puerta de la torre, y la torre sobre



asiento verde, y el campo de la torre morado, Puertas y ventanas Azules, y conserbó la cruz roja en medio del escudo, al qual por Casamientos añadieron las Armas de los Alfonsos.

El Álvaro de Tusinnos conseruó las Armas deel Pendón del Padre, y añadió la torre o casa fuerte de tusinnos que su Padre fundó, púsole el color deel Campo Morado, con puertas y ventanas de la misma color, en Luto Perpetuo, y memoria de tam buen Padre, colocola en el cuartel alto de la mano izquierda, y en el diestro las del dicho Pendón y el pino caldero y Brazo Armado por remate de él; la Cueba significa las que fizo el Padre, y el León la osadía con que salía de ellas a los Moros, en lo bajo deel escudo partido en tercios y campo amarillo con una Cueba al Pie del pino de donde sale un León rampante de su color natural, con la cruz roja en medio de los dos de Arriba, y el Blasón de tusinnos por orla del cuartel de las Armas de su Padre, y después que los Garcías que por Algún tiempo, Permanecieron de por sí se boluieron a incorporar en la casa de tusinnos, y deuajo de un señor y cabeza, usan los de esta casa de los quatro escudos Aquartelados poniendo a los Garcías en el cuartel bajo de la mano izquierda como última Yncorporazión, y el Blasón de: “y los trauajos que se acauan no los temo fee es mi fortaleza y premio”. Y otros husaron: “los trauajos se acauan y con lo poco se pasa”». Urbina concluye su descripción heráldica del siguiente modo: «Los que sólo se llamauan Tusinnos, tomauan las Armas deel Pendón de Álbaro el thiuphado que ban declaradas. Vnos Ponían la Cruz entre la Celada y el escudo y otros la dejauan. Los que Tomauan el apellido de Álvarez sólo Pintaban la torre sola, los que tomauan el apellido de García sólo los escaques, los que Cuebas, sólo la Cueba León y Pino, y los que todos quatro Apellidos, todos quatro escudos, y los que dos o tres a correspondencia.

Pero qualesquiera de ellos son Álvarez de tusinnos y unos mismos, y de un tronco y linage, cuya Caeza reside oy en el Señor de la Casa de Tusinnos». Como vemos, la carta de linaje atribuía origen común a una serie de familias Álvarez y García de Cuevas y Tusinos, enlazadas entre sí en época moderna, lo que tendrá su reflejo en la alternancia y variedad de combinaciones patronímicas y heráldicas. El canónigo Antonio Fernández Álvarez y Miranda, en su presentación a la Historia del santuario de Camposagrado, se refiere a los «Gonçález, y Fernández de Benllera; todas Casas nobles, y conocidas», los Díez de Carrocera, los Álvarez de Tusinos y los García de Cuevas.

En 1516 se documentan en Cuevas y Tusinos Juan, García, Alonso, Pedro y otro Juan Álvarez. Los hermanos Lorenzo, Juan y Antonio Álvarez de Quirós, naturales de Benllera, aunque residentes, respectivamente, en Madrid, Isla de León y México, probaron nobleza en 1788, como hijos de Bernardo Álvarez (\*Benllera, 1687) y de María Arias, y nietos de Pedro Álvarez y de María de Otero. Una rama pasó a Sariegos, donde residía, en 1596, el hidalgo Juan Álvarez, natural de Benllera. Otra estableció su casa en Follosó, donde vivió, según tradiciones y romances locales, recompuestos por Florentino A. Díez, cierta doncella, de nombre Mirabrina, que tuvo amores con el señor de Valbarca, como ella, descendiente de los Tusinos, y con él terminó maridando, siendo la ceremonia y los festejos de la boda de los más sonados que hubo nunca en la montaña.

La felicidad, según se cuenta, les duró poco, pues Mirabrina enfermó y murió muy joven, dejando solo en Valbarca a su inconsolable esposo. Los padrones de 1537 recogen en este lugar a los hidal-



gos Fernando Álvarez, hijo de Pedro de Mallo; Diego y Fernando Álvarez y los hermanos Pedro y Diego Álvarez. En Lagüelles residieron Sebastián Álvarez y María de Quiñones, padres que fueron de Francisco Álvarez de Quiñones, arzobispo de Mesina, en el reino de Sicilia, dignidad a la que fue promovido por Carlos II en 1685, pasando luego a ocupar la silla de Sigüenza, entre 1698 y 1710. Su sobrino, Antonio Claudio Álvarez de Quiñones, fue arzobispo de Santo Domingo desde 1712 hasta 1723, en que pasa a serlo de Santa Fe de Bogotá. Las armas de don Francisco pueden verse en su sepulcro, en Sigüenza, y se corresponden con las de los Álvarez de Tusinos.

En Caldas vivía, en 1678, Alonso Álvarez de Miranda; y probó nobleza Antonio Álvarez, vecino de Piedrasecha, nacido en Caldas (1693), siendo sus padres Domingo Álvarez Miranda y Catalina de Quiñones, y sus abuelos Alonso Álvarez y María de Miranda. En padrones de esta villa: Rodrigo Álvarez Miranda, juez, hidalgo notorio de casa y solar conocido, junto a su mujer, Isabel Rodríguez, y sus hijos Rodrigo, Alonso, Manuel, Benito, María, Isabel y Manuela; Francisca Álvarez Miranda; Manuel, Teresa, Benita y María, hijos de Antonio Álvarez Miranda y de María Álvarez; y a los hermanos Gabriel y Domingo Álvarez Miranda, que lo fueron del citado Antonio y de María Antonia.

Cerca de allí, en Arévalo, residían, en 1783, José, Francisco y Antonio Álvarez Miranda; y Juan Álvarez Miranda y su mujer, María Fernández; y en Villafeliz, Manuel Álvarez Miranda y su esposa, Catalina García. Otra rama destacada se afincó en Sorribos de Alba, donde los padrones recogen a los hidalgos Miguel Álvarez (1605, 1614), Domingo Álvarez, cura, y María Fernández e Isabel Álvarez, viudas, respectivamente, de Juan y de Alonso Álvarez (1614); Antonio, José y Bernabé Álvarez (1650). El citado Miguel Álvarez de Robles casó con María Fernández, teniendo a Alonso Álvarez de Robles (alias Álvarez de Alba), marido que fue de María Fernández Álvarez, hija de Marta García de Miranda y de Matías Fernández Álvarez, hijo a su vez, como veremos, de Domingo Fernández de Colinas y de María Álvarez de Tusinos. Fue su hijo Melchor Álvarez de Robles, canónigo legionense desde 1673.

Sucede en la casa su posible hermana Teresa Álvarez, mujer de Manuel García, con el que tuvo a Lorenzo García de Miranda y Álvarez (\*Sorribos, 1703), casado con Francisca García (en segundas nupcias con Francisca Centeno), padres de Francisco-Nicolás García de Miranda (\*Sorribos, 1730). Éste caso con Alfonsa González-Castañón, cuyo hijo fue Nicolás García Álvarez de Miranda; y en segundas nupcias con María Gordón de Rabanal, teniendo a Manuel García Álvarez de Miranda, vecino de Sorribos en 1798, y luego de Valladolid, donde mueve pleito de hidalguía en 1805.

En el padrón de 1798 figuran también Francisco José y Juan Pedro (presbítero) García Álvarez de Miranda, hijo de Francisco y nieto de Lorenzo García Álvarez de Miranda. La casa de Sorribos, bajo la elocuente inscripción: CASABLANCA DE LOS ÁLBA-/REZ DE ALBA, ostenta dos cuidadas labras heráldicas en su fachada, que dató en su día el Conde de Gaviria: la primera, con las armas de Álvarez y Robles, sería encargada, hacia 1690, por Alonso Álvarez de Alba; la segunda, en torno a 1750-75, sería cosa de Lorenzo García Álvarez de Miranda, biznieto del anterior, o bien de su hijo Francisco. En el padrón de 1766 figura Francisco García Álvarez de Miranda, con sus hijos Nicolás, Antonio y Francisco-José, así como Manuel y Lorenzo de Miranda, ausentes.



Dicho Francisco era hijo de Lorenzo García Álvarez de Miranda, y casó dos veces, la primera con Alfonsa González Castañón, en la que tuvo a los vástagos citados; la postrera con María de Gordón, madre de Manuel García Álvarez de Miranda y, probablemente también de Juan-Pedro, sacerdote, que figuran en padrones de 1797. Tuvo esta familia enterramiento en la capilla familiar, con dos sepulcros con efigie y escudo de armas, que cuartela las de Álvarez, Robles, Fernández de Colinas y Miranda. Alonso Álvarez y María Fernández fueron padres también de Inés, casada con su pariente Francisco García-Álvarez, de Camposalinas (León), hijo de José García-Álvarez y Lorenza González, de la misma naturaleza.

Tuvieron a Manuel García-Álvarez, bautizado en Camposalinas en 1673, el cual, en las pruebas de ingreso en la Cofradía de Camposagrado, en 1691, se dice «Mayorazgo de las Casas de Camposalinas y Sorribos de Alba y Señor de la Torre de Álvarez de Alba». Le heredó el ya citado Lorenzo García Álvarez, que casó con Isabel, hija de Fausto de Villafañe y de Ana Rodríguez de Brizuela, hija a su vez de Lupercio e Isabel María González Carbonera, de la casa de estos apellidos aún existente en Carrión. Volviendo a la rama principal de la casa de Tusinos estaba encabezada, a principios del siglo XVI, por Diego García Álvarez, vecino de Cuevas, padre que fue de María Álvarez de Tusinos, o de Cuevas, que casó con Domingo Fernández de Colinas, señor de la casa de Benllera, acaso descendiente de los vecinos de este lugar documentados en 1516: Juan, Martín, Domingo y Pedro Fernández. Ambos están sepultados en el santuario de Camposagrado, conservándose su lápida, con las armas de Fernández de Colinas (el león y los trece pozo en orla) y Álvarez de Tusinos.

El epitafio dice: *AQUÍ YACEN LOS S(EÑORE)S DOMINGO/ F(E)R(NÁNDE)Z DE COLINAS Y M(ARÍA) Á(LVAREZ) DE TVSIN-/NOS SV MVG(E)R S(EÑORE)S Q(UE) FUERON DE/ LA CASA BLANCA DE CVEVAS Y TV-/SINOS Y V(ECINOS) D(EL) LUG(AR) DE BENLL(ERA) LOS QVA-/LES DOTARON ESTA SEPOLTURA Y/ LA LÁMPARA MENOR DESTE SAN- /TUARIO, Y TVVIERON POR HIJO/ VNICO A MATÍAS FERNÁN-/DEZ ÁLVAREZ V(ECINO) DE BENLLE-/RA Y S(EÑOR) DE AMBAS CASSAS. FA-/LLECIÓ EL D(IC)HO S(EÑOR) DOM(INGO) F(E)R(-NÁNDE)Z/ AÑO DE 1589 = Y SU MVGER/ AÑO DE 1594/ REQVIESCANT IM PACEN./ AMÉN./ Y TRASLADÓSE ESTE SEPVLCRO/ A ESTE LUGAR DE LA CAPILLA MA-/YOR ANTIGUA EN DONDE ESTA-/VA EN EL MISMO PVESTO CON LI-/CENCIA DEL ORDINARIO. AÑO DE 1659.*

Matías Fernández Álvarez, unigénito del matrimonio y heredero de ambas casas de Tusinos y Benllera, fue sepultado, con su mujer, Marta García de Miranda, en la capilla de la Santísima Trinidad, aneja a la parroquial de Benllera, y dotada por esta familia en el siglo XVII, se hallan los sepulcros de sus fundadores, identificados por la correspondiente inscripción y cubiertos por las respectivas estatuas yacentes. Dos escudos en madera flanquean el retablo. Otro, en piedra, sobre el altar, del lado del Evangelio.

Un letrado informa: *LOS HONRADOS MATÍAS FERNÁNDEZ ÁLVAREZ DE/ TUSINOS Y MARTA GARCÍA DE MIRANDA CON SUS/ HIJOS EL L(ICENCIA)DO J(UAN) Vº ÁLB(ARE)Z MAY(OR-DO)MO DEL IL(USTRÍSI)MO PRELA-/DO DEL OBISPADO DE OVIEDO Y EL R(EVERENDÍSI)*



*MO P(ADRE) FRAY/ MANUEL CUSTODIO VOCAL DE LA PROVINCIA DE/ MIAHUATLÁN DE LA ORDEN DE NUESTRO PADRE/ S(AN) FRANCISCO EN CUYAS CONVERSIONES DIO A/ LA YGLESIA MÁS DE CINCUENTA MIL ALMAS Y/ AL REY MÁS DE TREINTAMIL VASALLOS, Y LOS/ L(ICENCIA)DOS ISIDRO Y ANT(ONI)O ÁLB(ARE)Z CANÓNICOS DE LA SAN-/TA CASA YGLESIA DE LEÓN Y FRANCISCO Y AL/ FONSA Y MARÍA, TODOS HERMANOS FUNDARON/ ESTA CAPILLA Y OTRA EN CAMPOSAGRADO CON/ SUS CAPELLANES Y MAESTRO DE NIÑOS EN ESTE/ LUGAR Y MONTE PÍO DE B(ENL)NERA Y OTRAS OBRAS/ PÍAS. FALLECIERON LOS PADRES EN LOS AÑOS 1649/ Y EL 1669 Y EL MAY(ORDO)MO AÑO 1660. REQUIESCANT/ IN PACE, Y (PATRONO) FRANCISCO ÁLVAREZ DE/ MIRANDA SU NIETO.*

La sucesión pasó a Alfonsa Álvarez de Miranda, casada con Domingo García de Ordás, de la casa de este linaje, teniendo a Francisco García Álvarez de Miranda, que casó con Isabel de Castro Cacharro, siendo padres de Francisco-Antonio García Álvarez de Miranda, señor de la casa de Tusinos, alcalde mayor de Valdeviñayo, vecino de Benllera en 1689, casado con Magdalena Gutiérrez. Éste puso armas en la fachada de la casa-palacio de Benllera, pues un escudo trae cuartelado de Fernández de Colinas, Miranda, Flórez de Ordás y Castro. Doña Marta debía de proceder de Caldas, donde residían, en 1678, los hidalgos Miguel García de Miranda, clérigo, y Domingo García; y en Sena, en 1708, José García de Miranda, hijo de Miguel García de Miranda, natural de Sena, y de Catalina de Contreras, que lo era de El Cañavate (La Mancha); y nieto paterno de Domingo García de Miranda y de Olaya Álvarez, ambos de Sena.

Blas García de Miranda era vecino de Rioseco de Tapia, en 1620, con sus hijos Antonio, Juan y Pedro de Miranda, todos hidalgos de solar conocido, descendientes de la casa de Rabanal. En este mismo lugar nacieron los hermanos Antonio, Froilán y Gabriel García de Miranda, que prueban su hidalguía en 1770, hijo de Francisco García de Miranda (\*Benllera, 1697) y de Margarita Díez de Ordás, nieto de Alonso García de Miranda (\*Rioseco, 1660) y de María Fernández, con la que no llegó a casarse; y biznieto de Alonso García de Miranda y de Josefa Calvete. Otra familia de este apellido compuesto tenemos en Buiza, donde Pedro García es familiar del Santo Oficio en 1648, y residen, en 1728, Juan García- Miranda, procurador general del concejo de Gordón; y en 1752, Juan García de Miranda y José y Antonio García-Miranda, figurando en padrones de 1794 Pedro, Matías, Francisco, Casimiro, Alejo y su hermano Santiago García-Miranda.

Las armas de estos últimos permanecen en una casa de dicha localidad gordonesa. Otra rama fueron los García de la Calle: Alfonso y Manuel prueban su nobleza en 1752, al entrar en el Real Seminario de Nobles de Madrid, incluyendo la certificación de armas ya citada de Diego de Urbina, por ser descendientes de la casa de Tusinos. Eran hijos de Alfonso García de la Calle Robles y de María Cándida de Mendoza, hermano él de Pedro García de la Calle, contador de Su Majestad, vecino de Madrid, y su hermano Gaspar, comisario del Santo Oficio, cura en Segovia.

Alfonso y Pedro fueron nombrados alcaldes de la Santa hermandad en Carrocera por el Estado noble en 1689. Los abuelos paternos fueron Alfonso García de la Calle y Manuela Martínez Uriarte, vecinos de Urda (La Mancha), el bisabuelos Francisco García Álvarez, que pasó a dicha villa desde



Cuevas, y los tatarabuelos Juan García Álvarez y María Díaz, de Cuevas, él juez ordinario de Valdeviñayo y pariente de Diego García Álvarez, señor de la casa de Tusinos.

Citemos, por último, a los García del Valle, oriundos de Cuevas de Viñayo, donde vino al mundo Lope García del Valle, pasado a Villoslada, en La Rioja, donde casó y tuvo varios hijos, entre ellos Francisco García del Valle, familiar del Santo oficio en Calahorra por el 1551. Pedro García del Valle era vecino de Lagüelles y Aralla en 1659. Usaban el jaquelado de plata y gules de García, partido de las armas de Valle El enlace entre Domingo Fernández y doña Marta incorporaría al acerbo heráldico familiar el ciclo legendario de Camposagrado, historiado por el canónigo don Antonio Fernández Álvarez, hijo de la casa, en el siglo XVII, sin duda tomando datos de alguna fe de armas familiar hoy perdida. El tronco de esta familia fue el mítico Capitán Colinas, vencedor de una legendaria batalla entre moros y cristianos librada en Camposagrado, entre las tropas de Don Pelayo y los invasores sarracenos, que se resolvió en favor de los primeros merced a la treta ideada por un astuto capitán, de nombre Colinas Rodríguez. Éste logró que el rey le permitiese excavar, en una sola noche, los trece pozos que todavía pueden verse en aquel paraje, y esconder en ellos a sus tropas, engañando así a los musulmanes, que resultaron vencidos. Mas, comoquiera que, tanto la Virgen María como el Apóstol Santiago, se aparecieran a Don Pelayo para anunciarle su apoyo en el combate la final victoria cristiana, el monarca astur ordenó hacerle a cada cual su ermita, la una, dedicada al patrón de las Españas, desaparecida hace tiempo; la otra, precedente del actual santuario. Del origen de los trece pozos se ha dicho de casi todo: lucernas o respiraderos del canal romano que recorre el valle, alineamientos solares prehistóricos, necrópolis megalíticas, luego saqueadas...

En cuanto al santuario, se menciona ya en 1128, como lindero de ciertos bienes vendidos aquel año en Valsemana, junto a al Otero de Almaçorre, posible referencia a Almanzor. Vuelve a El Libro de la Montería, a mediados del siglo XIV, delimita el monte por la «Loma de val de Cabdiellas», los «Poços de Colinas» hasta el Cillerón y el Campo Sagrado. El relato del canónigo se inicia con la huida de algunos magnates toledanos hacia Asturias, en 719, encabezados por el Arzobispo Urbano y Don Pelayo, que conducían a lugar seguro las reliquias más sagradas de la hasta entonces capital de España. Dicho lugar sería el Monsagro, donde luego se habría de fundar la ciudad de Oviedo, a cuya Cámara Santa irían a parar, andando el tiempo, tales reliquias. La ilustre comitiva, por cierto, hizo noche «en el lugar mismo en que está oy fundada nuestra santa Casa de Campo Sagrado».

Tras la victoria de Covadonga, Don Pelayo, auxiliado por su yerno, Alfonso el Católico, se animó a combatir fuera de los montes, hostigando las posiciones musulmanas en la Somoza desde el campamento que instaló en la Llana de Benllera. La respuesta árabe no se hizo esperar, y Almanzor, nombre que da el relato al general moro que tenía la capital leonesa, guió su ejército, «algo picado de la peste, como también lo estaua León», contra las tropas de Don Pelayo, acampando en la planicie de la Hoja, muy cerca de donde se habían aposentado los cristianos. Pese a esta cercanía, el caudillo musulmán no se atrevió a iniciar el combate, ni tampoco Don Pelayo, «ya fuesse por tener mucha menos gente, que no el Bárbaro, o ya por no se inficionar de peste».

Una noche, mientras rezaba, Don Pelayo tuvo una revelación del apóstol Santiago, quien le ordenó



«que prosiguiese su viaje azia donde auía dormido quando passó con Vrbano a llevar las santas Reliquias a Asturias; hízolo assí, y después de auer llegado, tratando de disponer sus hazes el Capitán Colinas, hombre valeroso, y de grande ingenio, pidió quinientos azadoneros al Infante, que se los dio, y en una noche labró trece hoyos en la tierra, que sirvieron de emboscada, por ser la tierra llana, y sin montes, en cada hoyo se metieron a cincuenta hombres, cuyo cabo de todos fue el Capitán Colinas, que oy día se conseruan dichos poços con el nombre del mismo capitán; cosa justa, que se conserue nombre de tan valeroso Caudillo». Tras un revés frente a los moros, que le obliga a retirarse hasta la parte «que hoy llaman Maxada o Ranchería», los moros, envalentonados, llegaron «a un valle llano, ameno y fresco, donde ay hermosas fuentes, descuidados de todo peligro, y juzgándose vencedores, dexaron las armas, sin ningún temor, ni rezelo; de lo qual, auisados D. Alonso, el Infante y Colinas, vinieron sobre ellos, y con cantidad de piedras, maderos y otras cosas, que de lo alto del monte arrojaron a los llanos, acabaron con los Moros miserablemente, sin que dexasen hombre a vida. Llegaron las nuevas desta desgracia a Almanzor, el qual dizen, que dijo: “Mala muerte”, de donde tienen por tradición muy cierta los naturales de aquella tierra, que le ha quedado aquel monte con este nombre, que de presente corrompido se llama malamuerte».

Compadecidos los cristianos de la cantidad de cadáveres extendidos sobre el campo de batalla, y aprovechando que se hallaban presentes nada menos que siete prelados y el Arzobispo Urbano, se ordenó bendecirlo, para que quedasen todos aquellos cuerpos en sagrado: «unos dicen, que no les dieron sepultura, por no los poder dividir de entre los Moros, y esto es lo que tienen por cierta tradición todos los naturales; otros dicen, que por causa de no se apestar por estarlo todos los Moros (...) Lo cierto es, que entonces se bendijo más de una legua en torno de la santa Casa para enterrar los muertos, o para que a lo menos quedasen en sagrado».

Sin dilación, Don Pelayo acomete el asedio y conquista de la capital leonesa, donde su yerno Alfonso da muerte a Almanzor con sus propias manos. Poco más tarde, Don Pelayo, que preparaba su peregrinación a Jerusalén, pidió a los suyos consejo sobre el mejor modo de agradecer a Dios y conmemorar todas sus victorias: «Comunicolo todo con Urbano su fiel apoyo (...) no olvidándose de Celedonio, y su hermano D. Alonso», decidiéndose levantar tres santuario: uno en el puerto de Pajares, denominado Tibi Gracias, aunque, afirma Miranda, «oy se ha corrompido el vocablo, y se llama Tibigraces»; otro allí donde se le apareciera el apóstol Santiago, dedicándose, y que es la ermita que subsistió en Benllera hasta no hace mucho tiempo; y el tercero, dedicado a la Virgen, fue el de Camposagrado, en el cual se colocó la misma imagen de María que había traído consigo el Arzobispo desde Toledo, donde era venerada en la iglesia de San Lucas.

La fama de esta talla llegaría a ser tal, que Ramiro I «de los despojos de la memorable batalla de Clauijo (...) entre otras obras pías que hizo, fue el dar algunas joyas, o ornamentos a nuestra santa Casa, la qual visitó». Asimismo, una reina, «la qual unos Historiadores dizen, fue paterna, madre de don Ordoño, y don García, y otros doña Urraca, adornó nuestra santa Casa de ricos ornamentos, y joyas (...) Estos ornamentos, o se acabaron con el tiempo, o si fueron de plata, y oro, en las muchas ocasiones que ha sido robada nuestra santa Casa, las avrán hurtado, porque oy, de aquellos tiempos, pocos adornos tiene».





Termina nuestro cronista asegurando que en la ermita se conservan algunas reliquias que testimonian la batalla de Camposagrado, en concreto, un pendón que se usó durante la misma y un pedazo de pica con su hierro. También se tenían por descendientes del Capitán Colinas Rodríguez los Tapia, como se desprende del pleito que sostuvieron, en 1543, Claudio Fernández de Quiñones, conde de Luna, y Gonzalo de Tapia, gentilhombre de Carlos I, «sobre poner sus armas en el castillo de Tapia».

El Tapia afirmaba sus derechos precisamente de su antepasado el Capitán, quien, «con los de su familia y algunos montañeses que se le allegaron», se enfrentó a los moros cerca de Camposagrado, donde los venció barrenando el campo «con hoyos encubiertos, fortificándose él con unas tapias a modo de trincheras terraplenadas de espinos». Debido a ello, «le comenzaron a llamar de las tapias, porque Colinas se había defendido y vencido al moro». Tras su victoria, edificó el castillo de Tapia y pobló el lugar.

La sentencia resulta favorable a don Gonzalo, fallando «tocar e pertenecer la propiedad, tenencia y alcaldía del castillo de Tapia con todas sus torres, baluartes y fosos, puertas y jurisdicciones a Gonzalo de Tapia y a sus descendientes», por lo que, tras conocerla, éste puso en la fortaleza su escudo familiar, que atribuía a Colinas, de quien afirma que «Pintó por armas tres fajas azules en campo de plata y por orla seis aspas de oro en campo rojo y dos flores de lis».

A Francisco-Antonio García Álvarez de Miranda y doña Magdalena Gutiérrez sucedioles su hijo Antonio Álvarez de Miranda, casado con María Damiana de Robles Castañón, hija de Juan de Robles y de María Suárez. Éstos fueron padres de Santiago Álvarez de Miranda, natural de Benllera, canónigo de León en 1770; y del sucesor, licenciado Francisco García Fernández Álvarez de Miranda Gutiérrez Castro Cacharro Robles Castañón, que figura en el padrón de Benllera de 1766, como señor de la casa de Benllera y de las de Álvarez y García de Tusinos, junto a su mujer, Manuela Rodríguez Canseco Villafañe Castañón Fernández Correa, su primogénito Santiago, y su hermano del mismo nombre, sacerdote.

Don Francisco también se recoge en Cuevas, como Francisco Álvarez de Miranda, señor de las casas de Álvarez y García de Tusinos, y aparecen con él Gabriel Álvarez de Miranda, cura de Viñayo; Antonio Álvarez-Miranda, vecino de Piedrasecha, casado con María Álvarez, padres de Antonio y María; y otro del mismo nombre y vecindario, marido de Teresa Villares. Doña Manuela procedía de Villapadierna, hija de Alonso Rodríguez Canseco Castañón (\*Lois, 1714) y de Manuela Fernández Correa Villafañe, y hermana de dos religiosas en Otero de las Dueñas, Escolástica y M<sup>a</sup> Alfonsa, a las que doña Manuela dotó con 400 reales de renta anual, además de tres arrobas de tocino, otras tres de cecina y dos de lino, pagaderas por el heredero de la casa, lo que motiva un pleito entre una de ellas, María Alfonsa Rodríguez Castañón, y su sobrino Santiago Álvarez de Miranda, en 1808, siendo abadesa María Cayetana Álvarez de Miranda. Don Alonso fue alcalde mayor de la villa en 1752, habiendo ya pleiteado por su nobleza en 1740, y por sus derechos al mayorazgo fundado por Francisco Correa, junto a su mujer y con Francisco Villafañe y Manuela Llamazares, vecinos de Carbajal de Rueda, en el año 1744.



Los Correa tenían casa solar en dicha villa, aún en pie, a la que pertenecieron, en 1607 y 1631, Cipriano de Correa y Lorenzo Correa, del que se afirma era hijo de García Correa y nieto de Diego Correa, todos hidalgos notorios. El mayorazgo fue fundado por el sacerdote don Francisco en 1610, con llamamientos en la descendencia de su sobrino Lorenzo Correa y de Catalina Díez, su mujer, incluyendo el patronato de la capilla de la Limpia Concepción de Nuestra Señora, aneja a la parroquial, donde se halla en sepulcro del fundador, fallecido en 1613, y su heráldica, presente también en la casona, junto a la de Llamazares: seis correas en faja entretejidas con otras tantas en palo, formando una especie de frete o reja, el todo sostenido de un águila contornada, que sujeta el campo con sus garras. Don Alonso inició pleito de hidalguía en 1740, siendo hijo de Francisco Rodríguez Canseco (\*Lois, 1696) y de María Rodríguez-Castañón, y nieto paterno de Silvestre Rodríguez ¿Castañón? (\*Lois, 1664) y de Magdalena Orejas Canseco. Era alcalde mayor de Villapadierna en 1752, y litiga por sus derechos al mayorazgo fundado por Francisco Correa, junto a su mujer y con Francisco Villafañe y Manuela Llamazares, vecinos de Carbajal de Rueda, en el año 1744.

La casa principal de los Rodríguez Castañón estaba en Lois, fundada por el matrimonio formado por Juan Rodríguez, natural de Lois, hijo de Juan Rodríguez, vecino de Salamón, y de Inés Rodríguez; y doña Engracia González Castañón, también natural de Lois, aunque oriunda de Reyero, lugar donde los Castañón poseyeron «un torreón de piedra en cuadro, pero sin escudo alguno de armas», e hija de Diego González de Reyero y de Ana Castañón.

Fueron sus hijos Domingo (1611), párroco de Quintanilla de Rueda, que fundó mayorazgo en favor de su hermano Pedro; Diego, Bartolomé y Pedro Rodríguez-Castañón (\*Lois, 1617), éste casado con María Valbuena Álvarez, natural de Liegos, y padre de Jerónimo Rodríguez Castañón, capellán de los Reyes de Toledo (\*Lois, 1675); María Rodríguez Castañón, abadesa de Otero de las Dueñas; y Francisco Rodríguez Castañón (Lois, 1615), obispo de Orense (1663-67) y Calahorra (†1669). Diego casó con María de Valbuena (\*Lois, 1639), hija de Juan y de Catalina Díez de Canseco, natural de Salamón; siendo padres de Carlos, Pedro y Alonso Rodríguez-Castañón Balbuena González-Reyero y Díaz-Canseco (\*1669), los dos últimos colegiales de San Ildefonso, y Alonso académico de la Lengua y caballero de Alcántara desde 1703. Bartolomé fue marido de Catalina González Castañón, natural de Puebla de Lillo, siendo progenitores de Juan Manuel Rodríguez-Castañón (\*Lois, 1695), que llegaría a ser obispo de Uthina, Zaragoza (auxiliar) y Tuy, y principal promotor de las obras pías fundadas en su lugar de origen, junto a sus tíos Jerónimo y Francisco. Don Jerónimo deja por testamento el patronato del mayorazgo por el fundado a su hermano Bartolomé, y tras él, a su hijo, el ya citado obispo don Juan Manuel, y luego a los sucesores «de la casa y hacienda que en el mismo Lois gozó el señor don Pedro Rodríguez Castañón, mi padre», de forma que, si la sucesión recayere en hembra, a las que no excluye, pasando a línea distinta, «que no sea Rodríguez Castañón, será patrono segundo que fuere de la casa que en dicho lugar de Lois llaman Grande o Palacio que fue de Don Diego Rodríguez Castañón, mi tío y hermano de mi padre y antes de Juan Rodríguez Castañón, mi abuelo por línea paterna, que es la originaria patronímica y primitiva de los Rodríguez de Lois». Entre los hidalgos de solar conocido y armas pintar radicados en la villa de Lois, según padrones de 1668, figuran, Diego y Pedro Rodríguez Castañón, juez concejil. Este último, por cierto, se cita en otro párrafo del documento como «Pedro Rodríguez Reyero Castañón,



juez ordinario», lo que acaso explique las similitudes entre la heráldica de estos Rodríguez y la de algunos Rejero.

Porque las armas de esta familia, como las trajo en su escudo el obispo de Tuy, son un partido de sus dos apellidos, el primer cuartel con un castillo terrasado y acompañado en jefe de un sol y una media luna figurados, recuerda a las armas que usaron algunos Rejero; el segundo, con un árbol terrasado y frutado, del que cuelgan dos calderas, es Castañón, pero en la forma que usaba la rama de Peñamián, similares a las de los Ferreras, y no las de la casa de Nembra, aunque Jerónimo Rodríguez Castañón afirma que su tatarabuelo, Pedro Castañón, primer Castañón de Lois, había sido regidor en dicho lugar allerano. Al timbre, las armas del Colegio de San Ildefonso, en Alcalá de Henares, donde estudió el prelado. Retomando la rama principal de la casa de Tusinos, Santiago Álvarez de Miranda casó con María de la Luz Mogrovejo, de la casa de su apellido, en Liébana, siendo padres de Manuela Álvarez de Miranda, mujer del teniente coronel Toribio de Cuenllas Alonso, hijo de Manuel Andrés de Cuenllas Castañón y de Serafina Alonso, y natural del barrio de Cacavillo, en La Cueta, teniendo a Bernarda y a su hermana Jacoba,

“Huérfanas ambas, pasan a la casa de Benllera junto con el primo José, acogidos por su tío y entonces titular, el sacerdote Antonio Álvarez de Miranda que fallece en 1864 en el palacio de Benllera, dejando en testamento como herederos a sus sobrinas y a José. Bernarda casó en 1865 con su pariente Álvaro Álvarez de Miranda y Cosío, siendo padres de Manuela Álvarez de Miranda y Cuenllas (1867-1951), última Señorita de Benllera, que murió soltera, pasando a su muerte parte del patrimonio y legado histórico a la descendencia de su tía Jacoba y del primo José que con previdencia habían heredado su parte. y la otra parte de bienes a los nombrados en su testamento sus ahijadas como usufructuarias y a la muerte de estas la mayoría de tierras y la casona a los padres capuchinos a condición de hacer un colegio para estudiantes y donde hubiera un museo dedicado a su antiguo linaje, Aunque desgraciadamente el deseo no se cumplió, legando como ultimo de sus bienes el palacio de Leon situado en la calle guzman el bueno numero 8 a sus primos de Mogrovejo. Con sus últimas voluntades se abre una brecha familiar que duraría muchos años. El primo Jose casaría con Benita Alonso de Cuenllas, estableciéndose en Cuevas de Viñayo, donde dos de sus tres hijos enlazarían nuevamente con la rama Cuenllas Alvarez de Miranda mientras que el otro hijo; lo haría con los Fueyos de Viñayo, oriundos de Oriella (Asturias), y cuyos hijos volverían a casar con descendientes de las mismas ramas afines al linaje.

Los Cuenllas tomaron apellido del barrio homónimo, en «Cueñas», junto a La Cueta, hoy desaparecido, donde residieron Diego de Cuenllas, escribano del concejo de Babia de Suso en 1536; y Juan de Cuenllas, juez concejil en 1573. Tuvieron capilla en la iglesia de Santibáñez, ya cerca de Meroy, lugar y coto del monasterio local, dependiente del de San Bernardo de Avilés, también despoblado, y cuyo abad y cura de La Cueta era, en 1752, Juan Francisco de Cuenllas, y alcalde Diego de Cuenllas, aunque sólo existía ya la casa que él habitaba.



En 1652 son citados Arias de Cuenllas, regidor general del concejo de Babia de Suso; Francisco de Cuenllas, de La Cueta, juez ordinario; Diego de Cuenllas Vuelta, también de La Cueta, regidor perpetuo del dicho concejo; Diego de Cuenllas, vecino de Lago, escribano del número y ayuntamiento; Francisco de Cuenllas, vecino de La Cueta, escribano del número; Diego de Cuenllas, de La Cueta, asimismo escribano del número; y Antonio de Cuenllas, también de La Cueta y escribano del número. Sebastián de Cuenllas era escribano del concejo de Babia de Suso, en 1638; y Agustín de Cuenllas juez noble del mismo en 1758. En padrones de 1759-60, aparecen, en La Cueta, Juan-Francisco de Cuenllas, sacerdote; Blas (figura como Blas-José en 1745), c. con Juana Díaz de Quiñones, y sus hijos Benito, Miguel y Catalina; Pedro de Cuenllas y su mujer, Manuela Álvarez de Quiñones, con su hijo Dionisio; Nazario, marido de con Josefa de Miranda, en la que tiene a Antonio, Rodrigo, Manuel y cuatro hijas menores. Además, figuran Francisco de Cuenllas y sus hijos Antonio, Manuel y José, vecino de Torre; José, tío de Francisco, de La Vega de los Viejos, donde residen también Francisco Cuenllas-Campomanes y su primogénito Juan; en Lago: José, sacerdote, y Agustín, juez concejil, casado con Antonia Flórez y padre de Diego, Francisco y dos niñas; en Piedrafita: Manuel y José, Gabriel y María, hijos del difunto José de Cuenllas; y en San Félix de Arce: Juan Cuenllas Flórez y su hijo Bernardo, y la familia de José de Cuenllas y Bernarda Rodríguez. Todos ellos son hidalgos de casa y solar conocido y armas pintar. Diego de Cuenllas era entonces vecino de Riolago.

Rodrigo de Cuenllas casó con Magdalena Flórez, heredera del mayorazgo y casa de su apellido en Torre de Babia, siendo padres de Rodrigo Flórez, que lo fue a su vez de Fernando Flórez de Cuenllas, al que vemos litigando con Fabián García Flórez de Miranda por el expresado mayorazgo. Igualmente, se verá obligado a pleitear con otra descendiente de la casa, Ana Gómez de Lorenzana, en el año 1638. Conocemos también la información aportada, en 1696, por Diego Álvarez de Quiñones, vecino de Torre de Babia, en nombre de su vástago don Manuel «su hijo legítimo y de Marina Flórez (...) porque la dicha Marina Flórez por don Balthassar su padre era descendiente legítima de las Casas Solares de Flórez de Torre e de Cuenllas cuia antigüedad y nobleza eran bien notorias».

En este proceso, actúa Antonio de Cuenllas, juez ordinario del concejo de Babia de Suso. Catalina (Díaz) de Cuenllas casó con Diego Pérez de Quiñones, señor de la casa de Riolago. Otros hidalgos destacados de este linaje fueron Nicolás de Cuenllas y Quiñones, gobernador de la villa y condado de Cedillo, en Toledo, nieto de Gregorio de Cuenllas y biznieto de Alonso y Ana de Cuenllas, nacido en La Riera en 1645; Manuel de Cuenllas-Campomanes, avecindado en Villalebrín, aunque nacido en Vega en 1740, y empadronado como noble en el concejo de Babia de Suso en 1767; Bernardo Cuenllas, dueño de la casa de Veldedo, en el mismo concejo (1787); Gómez y Leonarda de Cuenllas, que residieron en Lago, donde su hija Manuela casó con el hidalgo Francisco de Ocampo, en 1726.

La casa solar de Lago conserva un escudo acompañado de la siguiente inscripción: *ARMAS DE LA CASA DE LOS/ DÍAZES I LORENZANA Q(UE)/ TOCAN A LA CASA DE LOS CVEN/LLAES POR P(AR)TE PATERNA AÑO DE 1690*. Fueron abadesas de Otero, durante la segunda mitad



del siglo XVIII, Manuela y Petronila de Cuenllas. Hemos visto cómo los Tusinos emparentaron con los Ordás, cuya correspondiente fe de armas, dada por el mismo Diego de Urbina, les hacía descendientes de Mosén Pedro de Aipú, caballero francés llegado a España en apoyo de Alfonso III, de cuya esposa Jimena era primo. Por su aspreza en el combate, el rey le puso el nombre de Áspero, firmando al cabo como Pedro García Aspré, y casó en las montañas de León, donde fundó el señorío de Ordás y construyó su torre. Tuvo muchos hijos a los cuales mandó matar el Rey don Fruela sin culpa ni motivo, excepto el menor, que se refugió en París, y después de la muerte del Rey don Fruela volvió a León y tomó posesión del Señorío de Ordás. Éste, al tomar estado, cambió su apellido por el de Ordás.

Le sucedió su hijo Flotas, y a éste los suyos, Ramiro Núñez de Ordás y Aldonza Flotas, mujer del infante don Fruela, hijo bastardo del crudelísimo monarca homónimo. De este matrimonio nació un varón, al que pusieron por nombre Pelayo, el cual tomó por mujer a una nieta de Vermudo II, llamada también Aldonza. Ramiro Núñez, por su parte, fue antecesor de Hernando Díez de Ordás «que casó con una señora de la sangre real de Francia, de cuyo casamiento las armas de este linaje de Ordás, que hasta allí habían sido tres flores de lis de oro en campo azur (...) añadieron al escudo dos flores más (...) y una orla de gules con ocho aspas de oro que añadió Hernando Díez por haber sido uno de los trescientos infanzones que ganaron a Baeza».

Estos datos vienen corroborados en lo fundamental por el expediente con las pruebas de nobleza aportadas, en el año 1685, por Ignacio Ramírez de Ordás y Laredo para su ingreso en la Orden de Santiago. Dejando a un lado estas fábulas genealógicas, lo cierto es que Pedro Suárez de Quiñones, adelantado mayor de León, en el testamento que otorga en 1402, lega Ordás a Diego Flórez, por juro de heredad y tal como el rey se lo había donado a él, además de los 10.000 maravedís que le diera cuando lo casó con una hija de Alfonso Morán. Aunque Ordás sigue luego en manos de los Quiñones de Luna, los Flórez disfrutaban de la casa y torre de Huerga todavía a mediados del siglo XV, si bien parece que su implicación en la muerte de Ares de Omaña y Arias Pérez de San Román, en 1480, les obligó a huir a Segovia, siendo la torre desmantelada y sus piedras armeras aprovechadas por hidalgos comarcanos, so pretexto de ser parientes de los Flórez.

Carvallo refiere cómo el obispo de Oviedo, encargado de recuperar para la Corona los castillos en posesión del conde don Alfonso, mandó a Ares de Omaña ocupar las fortalezas que tenía en la montaña leonesa, donde se enfrentó a ciertos «hombres muy poderosos», vasallos del citado conde, entre ellos Rodrigo de Ordás, al que quitó la vida, aunque era «mancebo y muy valiente». Al parecer, Alonso Flórez, señor de la casa y torre de Huerga, que era de sillería, cercada de tapias y con casas alrededor, perdió su fortaleza, demolida por los partidarios del conde de Luna, habiéndose de trasladar a Segovia con su hijo Lope Flórez.

En las pruebas de nobleza de Fernando Castañón y Villafañe se afirma que Rodrigo de Villafañe tomó por esposa a Beatriz de Ordás, hija de Alonso de Ordás, canónigo laico de la catedral de León, que testó en 1507, y biznieto de Alonso de Ordás y de Ana Díez, naturales y vecinos de Santa María de Ordás, «en donde está la casa solariega del dicho apellido de Ordases, de donde descienden



todos los referidos, que se llama Santa María Huerga». Muchas fueron las ramas derivadas de este solar, la más notoria con casa en Otero de Curueño, del siglo XVI y adosada al torreón medieval. La casa tenía capilla, como señala Serrano Redonnet, «fundada por un Ordás según se lee (...) en la losa del panteón existente allí, grabada en el año 1501. Sirve de sepultura a los Álvarez Acevedo, Robles, a los Ordás Y los Castañon que gozan a parte de capilla en san Isidoro Y EN LA PROPIA IGLESIA CATEDRAL DE LOIS.

Las cartas de nobleza expedidas en favor de la familia sitúan su origen en un segundo Mossén Pedro Aspré, alias García López, que casó con Isabel Rodríguez de la AVECILLA Acevedo, otorgando testamento en 1420. La mítica fundación de la casa de Ordás recuerda a la de los Gutiérrez de León, con solar en Rioseco de Tapia, descendientes del noble extranjero Pedro Gutiérrez de León, cuyos antepasados «traen su origen de los romanos, rama de la augusta casa de Austria», y entre cuyos hijos se contó nada menos que un cardenal del título de San Calixto, del mismo nombre, que fue electo Pontífice con el de Anacleto. El citado Pedro, según los cronistas de armas, llegó a España en los albores de la Reconquista, sumándose a los ejércitos de Don Pelayo, al que auxilió decisivamente en la toma de la ciudad de León, «por cuya razón le confirmó aquel Monarca el apellido y armas de León». De Rioseco pasó este linaje a Santo Domingo de la Calzada, donde nació Alonso Gutiérrez de León, casado con Isabel Mogica; y a Baeza, donde Gonzalo Rui Gutiérrez de León fue alcaide del alcázar, y cuyo hijo Gonzalo fue privado de Enrique IV.

***Juan José Sánchez Badiola***

Doctor en Historia. Medievalista y leonés.

Experto en disciplina heráldica.